

Resumen del obispo de los informes de los bloques y parroquias durante el Consejo Pastoral Misionero Diocesano de 2025

Tras revisar cuidadosamente la evaluación de los planes pastorales y de misión del año 2025 presentados por cada uno de los nueve bloques que integran la Diócesis de Kioto, junto con sus informes en los que expresan su «resumen del año», sus «momentos especialmente alegres» y sus «retos no suficientemente atendidos», he analizado la situación actual y los retos a los que se enfrenta toda la Diócesis de Kioto. Expreso mi más sincero agradecimiento a todos los miembros de cada bloque y de cada parroquia por sus esfuerzos a lo largo del año a través de la oración y del servicio, cultivando semillas de esperanza incluso en medio de las dificultades. Este análisis no quiere ser solo un resumen, sino un punto de partida para que toda la Diócesis de Kioto visualice «dónde nos encontramos y hacia dónde nos dirigimos». Confiando en que el Señor bendecirá abundantemente los esfuerzos de este año y nos guiará hacia el próximo camino de esperanza, presento a continuación el presente análisis general.

✚ Mons. Pablo Otsuka Yoshinao

I . Resumen general

- El año 2025, basado en el tema del Año Santo «Peregrinos de la esperanza», fue ocasión para que en toda la Diócesis se desarrollen iniciativas en cuatro áreas: ① peregrinaciones, ② convivencia, ③ oración y ④ encuentro con creyentes de otras nacionalidades, lo que lo convirtió en «un año en el que se hizo visible la comunión de la Iglesia».

- En particular, los esfuerzos centrados en las peregrinaciones proporcionaron a muchos creyentes una experiencia tangible de que la Iglesia no es simplemente un «lugar de reunión», sino una comunidad que camina junta.

- Además, resultó una bendición significativa poder redescubrir la diversidad y la riqueza de la Iglesia a través de los intercambios con otras parroquias y de la fraternidad con creyentes de otras nacionalidades.

- Al mismo tiempo, el camino recorrido durante este año también puso de relieve los retos a los que se enfrenta la Diócesis.

- ① Hay escasez de personas que apoyen las actividades de la Iglesia, con una tendencia a la fijación de roles y al envejecimiento de los responsables, lo que conduce a una concentración de la carga en un número limitado de personas.

- ② Sigue existiendo el reto persistente de que los niños y los jóvenes, aunque participan temporalmente, tienen dificultades para comprometerse de forma continua en la vida de la Iglesia.

- ③ Las actividades misioneras a menudo se ven diluidas en la organización de eventos anuales, lo que oscurece su relación con el objetivo fundamental de «vivir y compartir el Evangelio».

- Sin embargo, al mismo tiempo, este último año ha dejado entrever signos importantes que apuntan hacia la próxima visión de la Iglesia.

- ① Escenas de niños y jóvenes que buscan participar de forma proactiva, creyentes de otras nacionalidades que son aceptados de forma natural en los distintos servicios de la Iglesia y

relaciones de mutua confianza que surgen a través de la profundización de la oración y del intercambio en pequeños grupos. Todo ello demuestra la vitalidad de la Iglesia, que no puede medirse por su «tamaño» o «número», y sugiere la dirección de la futura labor pastoral misionera.

② En conjunto, todo ello revela que lo que se requiere de la Diócesis de Kioto no es simplemente «hacer crecer la Iglesia» o «aumentar las actividades». Más bien, el camino recorrido durante este año ha dejado clara la necesidad de un cambio cualitativo hacia una «Iglesia en la que los fieles se apotan mutuamente» y hacia una «Iglesia en la que crecen mutuamente», gracias a que cada creyente sostiene, reza, aprende y crece junto con los demás.

③ El Año Santo, «Peregrinos de la esperanza», no nos mostró una imagen terminada de la Iglesia, sino la imagen de una Iglesia que continúa su camino. La futura labor pastoral misionera en la Diócesis de Kioto debe garantizar que esta toma de conciencia no sea un logro efímero, sino que se arraigue en la vida cotidiana y se transmita a la siguiente generación.

II. «Motivos de especial alegría» (comunes a los nueve bloques)

1) La eficacia de las peregrinaciones (la fuerza de la experiencia de «una Iglesia que camina junta»)

Las peregrinaciones fueron ocasión de profundizar la solidaridad entre los fieles y de experimentar el «compartir el camino y la oración». Recorrer el mismo camino, ofrecer las mismas oraciones y compartir un tiempo alejados de la vida cotidiana resultaron ser medios eficaces para visualizar la Iglesia no solo como un «lugar de actividad», sino como una comunidad que vive la fe juntos. Esto representa un resultado pastoral difícil de lograr solo con explicaciones verbales o reuniones.

Por otro lado, algunos comentarios señalaron el número limitado de participantes y la sensación de que el sentido de las peregrinaciones no se había experimentado plenamente. Por lo tanto, se considera conveniente mejorar la planificación del contenido y las sesiones de intercambio previas y posteriores.

2) Recuperación del carácter de la Iglesia como «comunidad»

Las reuniones después de la misa, los bazares y las actividades en pequeños grupos, que se habían suspendido debido a la pandemia del covid/corona virus, se reanudaron gradualmente. La Iglesia comenzó a funcionar una vez más como un espacio donde la gente se queda y conversa. Esta recuperación significa algo más que el simple renacimiento de la interacción social; indica la restauración gradual de la naturaleza esencial de la Iglesia, donde la «oración» y la «comunión» están indisolublemente unidas.

La Iglesia no es un espacio exclusivamente para la oración ni un simple lugar de reunión, la oración da lugar a la comunión, y la comunión sostiene la fe. La restauración de este ciclo es crucial para evitar el aislamiento de los creyentes y fomentar el sentido de pertenencia a la Iglesia. La recuperación de la Iglesia, que volvió nuevamente a pasar de ser simplemente un «lugar al que asistir a actividades» a un «lugar donde uno puede estar y sentirse tranquilo», es un logro fundamental para la futura labor pastoral y misionera. Se espera que madure aún más hasta convertirse en un «lugar donde se nutren la fe y la esperanza y desde donde las personas son enviadas a la misión».

3) Participación de los creyentes de otras nacionalidades (fuente de vitalidad de la Iglesia)

La participación activa de los creyentes de otras nacionalidades en los servicios litúrgicos y la organización de las actividades de la comunidad, incluidos el canto y los alimentos compartidos, demostró que la convivencia multicultural no es solo un reto especial que hay que abordar, sino una fuerza que revitaliza a la propia Iglesia.

La experiencia de rezar y de servir juntos, trascendiendo las diferencias lingüísticas y culturales, está fomentando en cada creyente la conciencia de que «la Iglesia no pertenece a nadie en particular, es un hogar para todos».

Construir una comunidad con miembros de otras nacionalidades requiere sin duda esfuerzos de coordinación y de consideración, pero es sobre todo un espacio de gracia donde se puede experimentar de manera tangible la universalidad (catolicidad) de la Iglesia. Esta realidad no representa una carga para la Diócesis, sino más bien debe considerarse el motor de la pastoral misionera y de la renovación futura de la misma.

4) Esperanza con los niños y los jóvenes (el futuro que muestran los pequeños brotes)

Aunque hay diferencias entre los bloques, un ligero aumento en la asistencia de los niños a la misa, la celebración conjunta de cursos de preparación para el sacramento de la Confirmación y un acercamiento consciente a los jóvenes han generado respuestas positivas. Aunque los cambios aún son pocos, el hecho de que «si llamas, hay respuesta» y «si preparas el espacio, la gente se reunirá» indica claramente el potencial de la pastoral dirigida hacia la próxima generación.

En particular, las iniciativas que trascienden generaciones y parroquias ofrecen a los jóvenes la oportunidad de experimentar la Iglesia no como un «mundo cerrado», sino como una «comunidad ampliamente relacionada». Cultivar pacientemente estos pequeños brotes nos enseña la importancia de una pastoral misionera basada en una perspectiva a largo plazo, más que en resultados a corto plazo.

Los cuatro puntos anteriores tienen en común la clara constatación de que «cuando las personas se relacionan, la Iglesia comienza a vivir». La Diócesis de Kioto se encuentra ahora en un punto de inflexión, y necesita avanzar no como una «Iglesia que aumenta sus actividades», sino como una «Iglesia donde las personas crecen y las relaciones se profundizan».

III. «Retos no suficientemente atendidos» (limitaciones actuales y necesidad de dar el siguiente paso)

1) La Iglesia se está empequeñeciendo, pero las relaciones se están profundizando

Debido a la disminución del número de fieles y a su envejecimiento, el «tamaño» de la Iglesia se está reduciendo sin duda. Sin embargo, esto también permite profundizar las relaciones personales y el entendimiento mutuo. Esto puede entenderse no como un declive, sino como un proceso de transición en el carácter de la iglesia, que pasa de la «cantidad» a la «calidad».

El problema radica en no aceptar conscientemente este cambio y en aprovechar plenamente la profundización de las relaciones como una fortaleza para la misión. Conviene que adoptemos la perspectiva de considerar el empequeñecimiento de la Iglesia, como una fuerza que hace posible que haya más «cercanía», «intercambio» y «apoyo mutuos».

2) Escasez de líderes y poca rotación en las funciones de liderazgo fijas (límites de un sistema dependiente de la buena voluntad)

En muchas parroquias, la dependencia hacia las mismas personas, la escasa rotación de las funciones de liderazgo y el envejecimiento de los miembros están avanzando, erosionando gradualmente la capacidad de emprender nuevas iniciativas. No se trata de una falla de carácter individual, sino que esa tendencia refleja los límites cada vez más evidentes de una estructura eclesial que se ha sostenido durante mucho tiempo gracias a la buena voluntad y a la dedicación de los involucrados.

La escasa rotación en el personal clave conduce a la fatiga organizativa acumulada, caracterizada por sentimientos como «queremos cambiar, pero no podemos» o «entendemos la necesidad, pero carecemos de la capacidad», lo que en última instancia provoca el estancamiento de la pastoral misionera.

Para superar esta situación, es esencial una transformación estructural, no exigiendo a unos pocos esforzarse aún más, sino reduciendo las barreras de participación mediante la distribución de funciones, la diversificación de los métodos de participación y la introducción de oportunidades de servicio durante plazos cortos o a pequeña escala.

3) Retener a las generaciones más jóvenes (pasar de una «iglesia a la que acuden» a una «iglesia en la que permanecen»)

La realidad actual, en la que la participación de los niños y los jóvenes es limitada y los grupos juveniles están prácticamente inactivos, indica que, para ellos la Iglesia es un «lugar al que acuden temporalmente», más bien que un «lugar en el que pueden permanecer». Uno de los principales retos es que, aunque se celebran eventos y actividades para jóvenes, estos no conducen a la formación de relaciones duraderas.

Las generaciones más jóvenes buscan «relaciones» y «una sensación de tranquilidad» más que simples «contenidos». Por lo tanto, es necesario pasar de una pastoral centrada en actividades a la promoción de la vinculación continua en pequeños grupos, de las relaciones intergeneracionales y de un ambiente que admita los errores y las ausencias. No se trata únicamente de una cuestión de los jóvenes, sino que supone un reto para la propia naturaleza de la Iglesia en su conjunto.

4) Objetivo misionero poco claro (las actividades continúan, pero no se comparte el propósito)

Aunque muchas iglesias organizan actividades anuales de manera continuada, no se puede decir que el objetivo que persiguen las mismas se comparta suficientemente entre los fieles. En consecuencia, «continuar con las prácticas del año anterior» se convierte en un fin en sí mismo, lo que lleva a una tendencia en la que las actividades se convierten en tareas que hay que mantener, en lugar de medios para la misión.

Lo que se necesita ahora no es aumentar nuevas actividades, sino que la comunidad discierna y comparta: por qué lo hacemos, con quiénes y qué pretendemos conseguir.

Una vez que el objetivo esté claro, incluso si se reducen las actividades, el resultado es que su significado podrá profundizarse, lo que también quizás permita que la carga se aligere para los responsables.

5) La siguiente etapa de la convivencia multicultural (pasar de una iglesia en la que «estamos juntos» a una en la que «decidimos juntos»)

La participación de los creyentes de otras nacionalidades ha progresado de manera constante y se han desarrollado relaciones de oración y de servicio compartidos en diversos lugares. Sin embargo, en muchos casos, esta participación sigue limitada en gran medida a «estar como uno más», sin llegar aún a la etapa de participar activamente en la toma de decisiones y en la determinación del rumbo de la iglesia. Esta situación podría describirse como «estar reunidos, pero sin llegar aún a configurar juntos plenamente la iglesia ».

Para avanzar en la construcción de una comunidad con creyentes de otras nacionalidades hacia la siguiente etapa, debemos dejar de considerarlos como personas a las que hay que «ayudar» o «apoyar». En cambio, debemos recibirlos como compañeros constructores de la iglesia, al igual que a los creyentes japoneses. Solo así la relación de cooperación se profundizará y pasará de ser un «apoyo» unidireccional a ser una «comunidad» mutua. Este viaje pretende avanzar hacia la «comunidad intercultural».

IV. Interrogantes clave para el futuro (dónde enfocarnos para lograr cambiar el rumbo)

1) Cómo garantizar que las actividades no terminen como simples «experiencias», sino que conecten con la vida cotidiana de fe

Asegurémonos de que las actividades no terminen como simples experiencias, sino que se conviertan en una fuerza para transformar la vida cotidiana. Las peregrinaciones y los eventos profundizan la oración y nutren las relaciones. A través del trabajo preparatorio y el posterior intercambio, transformemos las ocasiones especiales en alimento para nuestra vida de fe; ése es el camino para madurar nuestra comunidad y fortalecer los cimientos de nuestra actividad pastoral misionera.

2) Cómo pasar de una «iglesia que busca líderes» a una «iglesia que fomenta el crecimiento mutuo»

Debemos pasar de un sistema que concentra las funciones en unos pocos a otro que permita una participación gradual y reconozca el servicio a corto plazo o parcial. Los líderes (funcionarios, etc.) no son perfectos desde el principio, sino que son personas que crecen, aprenden juntas y comparten en el camino. Para ello, conviene aprovechar las sesiones de formación y las reuniones de intercambio de los miembros del consejo parroquial.

3) Avanzar en el enfoque de la Iglesia hacia la siguiente etapa (pasar de una Iglesia que preserva a una Iglesia que comparte la responsabilidad conjuntamente)

Lo que ahora se requiere de la Diócesis de Kioto es reconocer las limitaciones mostradas a lo largo de nuestro camino y la decisión de avanzar hacia la siguiente etapa. Esto implica pasar de una «iglesia que sigue protegiendo» a una «iglesia que comparte la responsabilidad », y la transición de una pastoral centrada en «continuar» como un fin en sí mismo a una pastoral centrada en «el crecimiento de las personas y la profundización de las relaciones».

Posponer este cambio solo intensificará la carga sobre un número limitado de responsables, profundizando su agotamiento y su estancamiento. Sin embargo, si damos pequeños pasos hacia adelante en lugar de esperar a tener ahora la solución perfecta, la Iglesia puede volver a convertirse en una comunidad que continúa su camino como peregrinos de la esperanza. Este es precisamente el camino de la «pastoral misionera conjunta» y la construcción de una Iglesia sinodal emprendida por la Diócesis de Kioto.

4) Cómo hacer visibles a los «peregrinos de la esperanza» a través de la vida y la acción

El tema «Peregrinos de la esperanza» no es un eslogan que desaparece con el fin del Año Santo. Más bien, perdurará en la forma en que nos apoyemos mutuamente, compartamos nuestras debilidades y sigamos caminando juntos. A través de pequeñas reuniones de oración, de espacios de diálogo y de la acumulación de actos de servicio, la Iglesia está ahora llamada a encontrar el camino para convertirse en un signo de esperanza dentro de nuestros barrios y de la sociedad.

V. Resumen general

Estos interrogantes no pretenden ser el punto de partida de un nuevo plan. Son herramientas para discernir lo que debemos valorar, lo que debemos dejar atrás y con quiénes debemos caminar, para que la Diócesis de Kioto pueda continuar su misión. Las respuestas no llegarán de una sola vez. Sin embargo, compartir estos interrogantes e iniciar el diálogo en sí mismo es ya el primer paso de la «Peregrinación de la esperanza». Ahora es el momento de comenzar la oración y el diálogo, practicando el «diálogo en el Espíritu», y de dar ese primer paso para caminar juntos.

Eso es todo.